



SEMILLEROS CREATIVOS

Grupos de formación artística con enfoque comunitario para niñas, niños y jóvenes

EL NOMBRE QUE ELIJO

Semillero Creativo de Teatro en Tecomán, Colima

Héctor Castañeda Arceo, docente

Ana Virgen Solano, promotora

Alexa, Alfonso, Axel, Chuy, Eithan, Fer, Yare, Gabo, Gaby, Iain, Ingrid, Jorge, José Carlos, Nahím, Nirvana, Sam, Samm, Sofía, Jocelyn, Yatzi, Quetzal, integrantes

EL NOMBRE QUE ELIJO¹

**Ejercicio escénico de creación colectiva del Semillero Creativo de Teatro en
Tecomán, Colima**

JÓVENES:

Alejandro

Alaia

Cinthia

Alfredo

Diego

Paula

Andy

Carlos

Dino

Vic

Zack

Sam

Lili

Vanesa

Irene

Kevin

Iaín

¹ Esta obra fue escrita por jóvenes del Semillero Creativo de Teatro en Tecomán, Colima, a partir de sus experiencias y testimonios. Para esta edición, los nombres fueron modificados.



I. LA PRIMERA VIOLENCIA

(Al inicio, todos juegan "Mar y tierra". Quien pierde se va al fondo y forma un equipo de 5 personas. Se acomodan como en una fotografía.)

Alejandro: Desde que somos niñas y niños, conocemos el mundo a partir del nombre de las cosas. Alguien nos enseña que aquello que amamos se llama: "mamá" o "chocolate".

Alaia: Alguien nos enseña que aquello que odiamos se llama: "hermano mayor" o "dentista".

Alejandro: Después, en un momento, descubrimos que tenemos un poder.

Cinthia: No solo podemos reconocer y evocar las cosas nombrándolas, sino también podemos ponerle nombre a la realidad que tenemos.

Alfredo: A una niña que nos gusta en algún momento le llamamos: "novia".

Cinthia: A nuestra mejor amiga de cuatro patas le llamamos: "Canica".

Alaia: Pero un día, por alguna razón, pensamos también que tenemos el derecho de nombrar...

Alejandro: A pesar de no haber consentimiento.

Alaia: A pesar de haber dolor y violencia.

Cinthia: Porque al nombrar las cosas, no solamente las hacemos parte de nosotros.

Alfredo: Sino que, además, son nuestra responsabilidad.

Diego: *(Lee de pie sobre una silla. Los demás apuntan en una libreta y se desplazan por el espacio.)*

"El tilingas". Esta palabra se refiere a los hombres pequeños, pero también a quienes se preocupan demasiado.

"La coqueta" o "el coqueto", para aquellos que sufren un tic nervioso en el ojo.

"El remix", dícese a los tartamudos.

"Elvis"... el bizco.

"El pelos", para los pelones.

"La camarona", porque si le quitas la cabeza, todo lo demás está bueno.

"La panadería", porque tiene bigotes, teleras, concha y cuernos.

"La langostina", porque tiene toda la carne en la parte trasera.

"El huevo", para las personas calvas o de cabeza ovalada.

(Salta y todos se detienen. Diego les da la espalda.)

Paula: ¡Vaya! ¡Cuánta creatividad tenemos! Si la usáramos para algo positivo, sería increíble, ¿no crees? Pero no, nos la pasamos burlándonos y criticando sin saber, y eso viene de cómo nos criaron. A veces nuestros padres ni se enteran de lo que realmente somos o hacemos. Si se dieran cuenta, probablemente se sentirían mal, o al menos, un poco avergonzados por nosotros. *(Ayuda a Andy a levantarse.)*

Andy: *(Camina a una silla vacía y se sienta.)*

"Vaca", "manchada", "obesa", "marimacha". La violencia no debe vivirse en secreto. Comparto mi historia para romper el ciclo. A los siete años, mis supuestos "amigos" empezaron a llamarme "vaca", criticando mis pecas con "manchada" y burlándose de mi peso con "obesa". En mi inocencia, intenté verlo solo como una broma más. En una ocasión, cuando no quise besar a un niño, me apodaron "marimacha", asegurando que por eso no quise besarlo. Cuando se lo dije a mi mamá, respondió: "bueno, si fueras más femenina, no parecerías hombre y dejarían de llamarte así." Me hizo creer que yo era el problema. Durante seis largos años, los insultos continuaron, afectando mis calificaciones y la percepción que mi madre tenía de mí. Mi grito de ayuda fue estar postrada en una cama, con mi familia alrededor, suplicando que sobreviviera. En ese momento entendieron que el problema no era yo, sino sus comentarios. Tuve que asistir al psicólogo y ahora estoy mejor, porque ahora sé que no lo provoqué yo.

(Carlos está de pie; coloca en una silla al frente. Alrededor de su silla, todos los demás dicen, en fonemática, sinónimos ofensivos para homosexual.)

Carlos: Hoy quiero alzar mi voz y decirte que no estás solo, que puedes salir adelante.

Esta es mi historia. En mi vida palabras como "jotito", "maricón", "voz de niña", "enano", incluso "cuatro ojos" fueron parte de mi cotidiano. Sobre todo en mi infancia, cuando aún no sabía quién era. En esa época hacía lo que fuera para evitar ese tipo de comentarios. Me sentía mal por no sentirme igual al resto de mis compañeros. Creía que no me afectaba en nada, pero mis actos decían lo contrario. Por un tiempo sentí que siempre estaría solo y que no era nada por el simple hecho

de sentirme frágil, viviendo mi vida de apodos. Alejado de todos por el temor a las palabras y el rechazo, que solo debía ser la sombra de los demás y estar sintiéndome miserable por no encajar.

Las palabras son bellas, tristes o hirientes, solo depende con qué intención las decimos.

(Lili los silencia con el dedo y al terminar, abraza a Carlos.)

Dino: *(Salvo él, los demás hacen una fila al fondo dando la espalda.)* Esto se aplica cuando los padres están realmente atentos a nuestro comportamiento, ya que, en teoría, son ellos quienes están mejor posicionados y tienen la autoridad necesaria para señalar nuestros errores. Sin embargo, también existen padres que parecen desinteresados en nuestra correcta formación y crecimiento.

(Se lleva la silla de Carlos.)

Vic: *(Todos se colocan en parejas. Uno de ellos medirá al otro con una cinta de papel. Al final, se miran. Quien mide rompe la cinta.)*

En la actualidad, mi vida está bastante tranquila en lo que respecta a los apodos. Un cambio bienvenido desde mis días en la primaria. Durante ese tiempo, estuve rodeada de compañeros que, intencionalmente o no, me herían con los nombres que me asignaban.

Siempre he tenido bastante vello corporal, algo que, según los estándares de otros, no era "normal" para una chica. Me llamaban "simio", "chango", "mono", "bigotona" solo por tener más vello de lo que consideraban normal.

"Tabla, tabla, tabla". Yo sé que soy delgada, yo sé que no tengo grandes curvas, yo sé cómo me veo, amigo... tengo espejos en mi casa. Y sí... sí me alimento bien.

"Desabrida", ¿en serio? ¿No existía algo mejor? O eres demasiado "prieto" o eres demasiado "desabrido". La gente nunca estará satisfecha.

Diego: *(Todos apuntan con el dedo. Cuando Diego llega al cuarto apodo, todos cambian de lugar mientras siguen apuntando.)*

"El sudadera", porque suda y suda y suda.

"El conan", con anemia.

"El paletero en bajada", porque no tiene muchas pompas.

"El tro-feo", por trompudo y feo.

"Heidi"... la niña de las 'montañas.

Paula: *(Mientras baja de la silla, inicia su texto. Todos se acomodan para el segundo "Mar y tierra".)*

Pero bueno... criticar a los demás y burlarse de ellos es un síntoma de baja autoestima, chavos, como lo es también sentirse inferior y solo ver defectos en uno mismo.

II. ETIQUETAS

(Todos como enanos y gigantes, volteando a ver a Zack.)

Zack: Y tú, ¿qué nombre eliges? Los apodos son como etiquetas que se nos asignan y que, a menudo, no elegimos ni deseamos. Estas etiquetas, especialmente cuando se usan de manera reiterada, pueden acabar definiendo a una persona. Por ejemplo, llamar constantemente "gordo" a alguien puede hacer que ese individuo termine siendo conocido solo por ese término. Además, este tipo de etiquetado constante puede confundir a la persona afectada, llevándola a identificarse con esa etiqueta. Es evidente que etiquetar a personas de cualquier edad, ya sean niños, adolescentes o adultos, y asignarles apodos puede tener consecuencias negativas y duraderas. Por ello, es crucial evitar esta práctica. Un apodo puede ser una carga increíblemente pesada para quien lo recibe. Un obstáculo para su imaginación y bienestar emocional, y aunque no lo aceptemos, puede seguir afectando sus emociones profundamente.

Todos conocemos un apodo doloroso. Incluso quizá tuvimos uno. ¿Nos compartes uno?

(Todos bajan al público a recabar apodos.)

Dino: Cuando lanzamos ataques y burlas hacia otros, a menudo reflejamos inseguridades propias. Al criticar, nos distanciamos de nuestras propias fallas y, de alguna manera, intentamos sentirnos superiores. Pero recordemos: nadie aquí es superior. A ver, que se levante aquel que se considere superior a los demás. Lo recalco: "que se considere", porque sentirse de una manera no cambia la realidad. Lo que uno cree sentir sobre sí mismo es una cosa, pero la realidad es siempre

distinta.

III. TESTIMONIOS DE LA VIOLENCIA

Alejandro: "Chispas de chocolate", "Barney", "gordo", "cegatón" fueron algunos de los apodosos que le llegaron a decir a un niño de once años. Ese niño era yo. Y quienes me lo decían eran mis amigos. Bueno, en realidad no creo que se les pueda llamar amigos a alguien que te llama de esa forma. De una manera hicieron que me odiara a mí mismo. Cuando le conté a mi mamá, me dijo: "son solo niños no les hagas caso", y nunca más se volvió a hablar del tema. Traté de alejarme de ellos, pero no lo logré. Me seguían por todos lados. No podía ni siquiera salir al recreo a comer, porque ahí estaban esperándome para burlarse de mí, y yo por miedo se los permití.

Al ir creciendo me di cuenta que un apodo no te define como persona. Nosotros mismos definimos quiénes somos y cómo queremos que nos llamen. Al llegar la etapa de la secundaria todo cambió, esos niños no estaban ahí. Me rodeé de personas que me comenzaron a llamar por quien soy y entendí que no había nada malo conmigo. Nadie es perfecto. Cada persona tiene algo que la hace diferente, pero no por eso se debe llamar a nadie de forma despectiva.

Sam: Levantar la voz significa empezar a decir "basta" al sufrimiento. Es rechazar todo aquello que alguna vez causó dolor. En aquel momento, opté por el silencio, preguntándome qué podía hacer siendo solo un niño. Recibí apodosos como "frentón", "niñita", "ballena", y no entendía por qué me afectaban tanto si, al fin y al cabo, yo era solo un niño. Y se supone que los niños "no sufren". A medida que crecía, esos insultos se transformaron y me siguieron a todas partes: "el putito", "el travesti", "la gorda", "el abandonado", reflejando la ausencia de mi padre desde mis seis años. Aunque en cierto modo eran "verdades", la intención detrás de ellos era denigrar, atacar mi identidad y mi físico, empujándome a odiar partes de mí que debía querer. Guardé silencio, pero ¿por qué no actué? ¿Por qué elegí el sufrimiento en silencio? Cada vez que intentaba hablar con mi madre, ella ignoraba mis sentimientos: "Estás exagerando, solo buscas atención". Nunca olvidaré sus palabras cuando a los 9 años me informaron del fallecimiento de mi hermano: "No te pongas triste, no llores, tú eres el fuerte". ¿Por qué decirle eso a un niño? ¿Por qué no se me permitía expresar

dolor? ¿Por qué nunca podía admitir que algo me lastimaba?

Lili: "Gordis", un apodo que mi familia adoptó justificándolo como "de cariño". Sin embargo, con el tiempo, comenzó a molestarme, especialmente cuando lo usan delante de mis amigos. Lo que empezó como una simple incomodidad se ha transformado en motivo de discusiones frecuentes, ya que me siento avergonzada cuando lo mencionan en público. La vergüenza da paso al enojo y, finalmente, a la impotencia. Recuerdo noches en las que me quedaba dormida llorando, sintiéndome incapaz de cambiar la situación, atrapada por la percepción de que, para mi familia, es solo un apodo afectuoso y nada más. *(Cuando termina se incorpora a la fila.)*

Sam: Se esperaba que yo fuera el fuerte, o eso era lo que mi familia quería creer. Lo que comenzó como un elogio se convirtió en una etiqueta constante: "el fuerte", "el orgullo". Estos apodosos se mencionaban cada vez que lograba algo destacable, como si fueran un premio. Sin embargo, para mí, se convirtieron en un recordatorio de que no se me permitía mostrar debilidad o vulnerabilidad. Esta presión alcanzó su punto más alto cuando mi novio murió de cáncer a mis quince años, y mis amigos, pensando que era apropiado, comenzaron a llamarme "el viudo" poco después de su partida.

No solo ellos, sino que también escuchaba constantemente cómo otros se referían a mí como: "el jotito que se quedó solo", y yo no respondía. Simplemente estaba agotado. Decidí dejar de comer, argumentando para mí mismo que si iba a ser etiquetado como "el joto", al menos no me llamarían "el gordo". Viví así durante mucho tiempo, ocultando y restringiendo mi verdadero yo, creyendo falsamente que tenía algún control sobre mi situación.

Vanessa: "¡Hey, Porky!", fue el primer apodo que me lanzaron en mi nueva escuela. Al principio, lo tomé a la ligera. Conocía al personaje y me parecía adorable, así que no me ofendí. Claro, era demasiado ingenua para entender que se burlaban de mi físico. Pronto, las murmuraciones de las niñas comenzaron: "No se junten con ella, tiene piojos". Aunque sabía que no era cierto, lo que realmente me dolía era sentirme aislada, sin amigos, viendo cómo alejaban a los nuevos advirtiéndoles

sobre mí.

Un día, mientras jugábamos, caí al suelo y algunos niños exclamaron: "¡Ah, un terremoto!" Desde entonces, mi capacidad para hacer amigos y mi autoestima corporal se vieron afectadas. Para muchos, la primaria es un tiempo feliz, pero para mí fue una época de angustia.

Mi historia es un recordatorio de que la violencia no debe ser tolerada ni normalizada. No importa qué tan insignificante para otras personas sea el apodo que te acaban de poner. Todas las palabras tienen el mismo peso y siempre van a afectarnos, no te quedes callado. Si algo te está incomodando o molestando, recuerda que tu valor está por encima de las palabras.

Sam: Hasta el fallecimiento de mi mamá, hace un año, cuando decidió quitarse la vida. Ese dolor es inolvidable, y las palabras crueles que escuché al regresar a clases después de su muerte se grabaron en mí: "su mamá prefirió morir antes que aceptar a un hijo desviado que quiere ser mujer", "pobre chico, ni su propia madre lo amaba". Esos comentarios, insultos y apodos me devastaron profundamente. Sin embargo, con el tiempo, he empezado a sufrir menos. Especialmente desde que elegí no guardar silencio ante "los chistecitos", las bromas crueles y las palabras hirientes que pronunciaron sin pensar y que, probablemente, ya ni recuerdan. Aún estoy en proceso de sanación.

Irene: *(Secuencia del chisme mientras ella camina por el espacio.)*

"El otro día vi un documental
'Los animales más escandalosos'
El más interesante
el camarón pistola
5 cm de largo
pero es toda un arma sónica
decían
con sus pinzas
crea una burbuja que modifica la presión
o algo así

y es capaz de matar
por la violenta onda de choque
a cualquier pez
a dos metros a la redonda
Algo así como
una explosión
más potente que un disparo
200 decibeles
Decían que nosotros solo aguantamos 55
¿Te lo puedes imaginar?
200 decibeles
como darte un disparo en la cabeza.
Yo sí me lo imagino.
Algo así como un zumbido
el de las palabras
Capaz de matar
a cualquier pez
a dos metros a la redonda."²

(Alberto detiene la secuencia y todos caminan con confusión.)

Kevin: *(Entra poco a poco. Mientras ella habla, un equipo trae la lámpara del celular. Otro coloca etiquetas y las pegan al azar a sus compañeros. Todos tienen máximo 4 etiquetas pegadas.)*

¿Saben qué? Siempre me ha cautivado la historia. Esa capacidad de mirar hacia atrás y sumergirnos en los momentos que han definido a la humanidad. Existe un episodio particular que siempre me ha resultado fascinante: el juicio de Adolf Eichmann. El oficial nazi responsable de coordinar los asesinatos masivos. En ese juicio se presentó no como un monstruo, sino como un hombre común, alguien que simplemente "cumplía con su trabajo". Esto me lleva a reflexionar...

² Gabriela Román, *Cósmica*. (España: Colección de Teatro ASSITEJ España; 2018), 131-132
<https://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmcrn583>

Cinthia: La violencia no nos define, pero sí lo hace nuestra reacción ante ella. Esta es mi manera de responder. Desde niña enfrenté apodosos dolorosos. Me llamaban: "cuatro ojos" por mis gafas y "pelota" por mi cuerpo grande y robusto. A los siete años, no le daba mucha importancia. Me hería, pero lo ignoraba. Ya de grande me tacharon de "exagerada" simplemente por ser yo misma, por expresar mis emociones y no reprimir lo que siento. Recientemente, me apodaron "chapulina", y aunque en el momento me causó gracia, luego me pregunté: ¿Realmente soy todo lo que dicen? ¿Debo tolerar esto todos los días? Y si soy todo eso, ¿por qué continúo aquí? Y ahí estaba yo, pensando en qué me había equivocado o qué había hecho para merecer sentirme así, y una cosa llevó a la otra y la otra a la otra y empecé a considerar que yo era el problema. Que algo estaba haciendo mal y gracias a todas esas burlas y chistes de "amigos" atenté contra mi propia vida. ¿Se lo pueden imaginar? Dense una idea de lo fuertes y peligrosas que son las palabras que decimos.

Es como si todos tuviéramos dentro una pequeña bomba y ese chiste, esa palabra, fuera el detonante y provocara que ese explosivo nuclear hiciera una gran explosión dentro de nosotros.

Kevin: Me lleva a reflexionar sobre el acoso escolar, sí, el bullying. Porque, ¿sabes qué? No todas las personas que infligen dolor son monstruos. Algunas simplemente se dejan llevar por la corriente, siguen al grupo sin cuestionar sus acciones. Es como si estuvieran inmersos en un sistema de hostilidad, como los "Eichmanns" de los patios escolares. Aquí entra en juego un concepto similar al que Hannah Arendt describió como la "banalidad del mal", que bien podría aplicarse al acoso: la "banalidad del bullying". No se trata únicamente de un gesto de odio, sino también de indiferencia. Es como si la crueldad se normalizara, se convirtiera en una rutina más del día a día.

Diego: Siempre me he considerado una persona serena, poco afectada por las opiniones ajenas respecto a mi cuerpo o comportamiento. Sin embargo, nunca imaginé que mi propia familia emitiría comentarios hirientes. Dado que, naturalmente, tengo mucho vello corporal y que nací con los pelos parados, los apodosos como "simio" o



"chango" eran habituales en casa. Cuando decidí eliminar esos vellos, enfrenté críticas de mi madre y mi hermano que decían "eso no es de hombres". Inicialmente pensé que tales comentarios no me perjudicarían y que podría manejar la situación, pero me sentí cohibido y no lograba hacer cambios en mi cuerpo porque una voz interna repetía: "los hombres no deben hacer eso". Eventualmente comprendí que nadie, ni siquiera mi familia, debería dictar cómo quiero verme. Y no, mamá. Depilarme no me hace menos hombre.

(Un grupo hace origami. Se quitan las etiquetas, se sientan y hacen flores de origami con estas.)

Kevin: ¿Entonces, qué hacemos? ¿Permanecemos callados? ¿Nos convertimos en meros observadores apáticos? Tal como Arendt señaló: la indiferencia puede resultar tan perjudicial como la propia crueldad. Es crucial que cuestionemos la autoridad de aquellos que cometen abusos, de los que perpetúan el acoso. No podemos seguir ciegamente las órdenes de la crueldad.

Cada uno de nosotros desempeña un rol importante. Tenemos la opción de ser simples observadores o de convertirnos en protectores. Podemos ser la voz que se levanta en contra de la trivialización del acoso. Podemos ser el cambio que interrumpe el ciclo de la violencia. No importa cuán normalizado esté el acoso, no debemos aceptarlo como parte de nuestra realidad.

Alaia: Compartir mi historia es dar un paso hacia la curación y el despertar de conciencia. Desde mi más tierna infancia, he sido delgada y emocionalmente sensible, lo cual se convirtió en motivo de escarnio, ganándome el apodo de "palillo botanero". Mirarme en el espejo generaba en mí un profundo rechazo. Mi timidez me impedía defenderme. Enfrentar a alguien me llenaba de terror, así que opté por reprimir mis sentimientos.

Unos años más tarde, mi propia familia me llamaba "nariz de tucán" y usaba frases como: "no respires porque te vas a acabar todo el aire". Odié mi perfil desde ese entonces. ¿Me daba risa? No, pero era una simple broma. Reí y de nuevo me lo guardé. A causa de todo eso, actualmente tengo mucho complejo por mi complexión. Desearía ser más robusta y "estar buenota" para que así me quieran.

Además de ser más sensible. ¿Está mal llorar por una inseguridad que me causaron? No, no lo está, pero parece que para ellos sí. Aún suelo llorar al mínimo comentario con mi físico.

En una sociedad donde el cuerpo me define, solo espero el día en el que me libere.

Kevin: *(Cuando termina el texto ilumina su flor de origami con la lámpara del celular y se levantan.)* Incluso en los momentos más oscuros, incluso cuando el acoso escolar pueda parecer algo trivial, tenemos la capacidad de ser esa luz que lo expone, que lo confronta y que propicia un cambio. No se trata únicamente de reflexionar sobre el pasado, sino de trabajar para construir un futuro en el que la banalidad del acoso sea una lección aprendida, no una realidad aceptada.

(Todos parados en un lugar del escenario.)

Iaín: Tan bonito que es ser diferente. Diferente, no superior. Hay unas ventajas fabulosas.

1. Resaltas
2. Eres más positivo
3. Tienes habilidades que otros no
4. Te admiran
5. Eres auténtico
6. Tus amigos te quieren por lo que eres
7. Se enamoran de ti sinceramente...

(Todos entran al escenario y acomodan las sillas. Le dan la espalda a Irene.)

Irene: Tenía 9 años cuando me decían en la primaria que Dios sí me había castigado tres veces por "prieta", "flacucha", "marica".

Mi tono de piel era un problema. Solo por ser más oscuro, lo veían como sinónimo de fealdad. "Palito", uno de sus favoritos. Lo decían por mi delgadez. Era un ataque directo a mi cuerpo y mi autoestima. Atribuían que no tenía nada de cuerpo y me comparaban con las demás, haciéndome ver ante todos como la más fea de su salón.

Para una niña de 9 años esos comentarios eran muy fuertes. Destruyeron mi autoestima y mi capacidad de sentirme suficiente para ser amiga de alguien.

Fueron seis años de primaria viviendo con humillaciones y exclusión por parte de mis “amigos” y lo peor es que los seguía considerando como tal. De hecho, a la hora de la comida tomaba doble porción para engordar. Después de una lucha conmigo misma, me di cuenta de que solo me estaba haciendo daño. Actualmente me siento muy bien conmigo y la gente que me rodea. Me di cuenta de lo importante que soy, y de la gran persona que estoy siendo, y que cualquier comentario respecto a mí, no me lastima y mucho menos me hace ser menos como persona.

Joana: “Patito feo” y pensar que todo estaba bien en mí...

Cuando comencé la primaria, algunos compañeros me apodaron "patito feo" debido a que necesitaba lentes. En ese momento, no entendí el impacto de las palabras y lo consideré solo un juego inocente, pensando que eran bromas de amigos.

Al llegar a la secundaria, y después de terminar una relación, recibí un nuevo apodo, "la venado", que me hirió profundamente. Aunque intenté ser fuerte y superar esos apodos, el dolor persistía. Creía haber dejado atrás los apodos de "patito feo" y "la venado", pero surgieron otros: "la escoba", por mi delgadez y cabello esponjado. "Comino" y "clavo de olor", aludiendo a mi estatura y tono de piel.

Durante la adolescencia, a menudo minimizamos estas situaciones creyendo que son solo juegos entre amigos. Sin embargo, la acumulación de esos comentarios despectivos desencadenó mi primer ataque de ansiedad. Fue entonces cuando comprendí que necesitaba ayuda y comencé terapia psicológica. He aprendido que la ansiedad se gestiona. No se elimina por completo, y no surge de la nada: es construida por experiencias acumuladas y no expresadas.

Mariana: La violencia no debe ocultarse. Comparto mi historia para ayudar a interrumpir el ciclo.

El apodo "ballena" comenzó con unos "amigos" durante nuestra infancia. Estábamos viendo una caricatura cuando apareció una ballena, y alguien a quien consideraba mi amigo exclamó: "¡Miren, ahí está Mariana!", señalando al animal. Todos se rieron, incluso yo me uní, aunque me pareciera absurdo. Sin embargo, las burlas se intensificaron. Durante los juegos, me decían: "¡Atrápame si puedes,

ballena!", entre otras cosas similares. Con el tiempo, estas palabras me llevaron a distanciarme de ellos. Eventualmente, comprendí la razón: lo que para ellos era un juego o una broma pasajera, para mí se convirtió en un estigma y un motivo de burla hacia mi cuerpo y mi ser.

La violencia no nos define, pero sí lo hace nuestra reacción ante ella. Esta es mi forma de responder: abrir mi corazón y compartir mi relato es un paso hacia la curación y el despertar de conciencia.

Alberto: Desde que tengo memoria, mi vida ha estado llena de innumerables apodos. Algunos dados con cariño y otros con el afán de ofenderme. Desde apodos como "duende" y "Dumbo", hasta "Hueso Cena". La mayoría de mis apodos están relacionados con mi persona desde la primaria.

"Duende" nació debido a mi pequeña estatura. Algo que inicialmente tomaba con humor, pero con el tiempo, ese apodo comenzó a cansarme, así que opté por ignorarlo.

El apodo "Dumbo" surgió porque de pequeño tenía las orejas grandes. Un día, camino al comedor, escuché: "¡Hey, Dumbo!" Esto me molestó mucho. Al comentarlo con mi familia, mi hermano me dijo: si te vuelven a decir "Dumbo", contestales: "de un pedo te tumbo, y con una patada te doy la vuelta al mundo". Así que cada que escuchaba ese apodo, lo respondía de esa manera.

"Hueso Cena" es un apodo cariñoso inspirado en mi luchador favorito: John Cena. Un tío lo creó juntando mi delgadez y mi admiración por el luchador, y así nació "Hueso Cena".

A lo largo de mi vida, me he acostumbrado a los apodos, y realmente se han convertido en recuerdos, para bien o para mal.

Paula: Antes de irnos quiero hacer un ejercicio con ustedes. Recientes estudios han demostrado las características de aquellos que son más vulnerables al bullying. Lo que voy a hacer a continuación es decir esas características. Pero antes quiero que todos levanten su mano. Cuando escuchen una característica suya, la pueden bajar. Es decir, si escuchan una característica que alguno de ustedes tiene, ¡pum!, la bajan. Al final descubriremos a aquellos que tienen "derecho" a burlarse de los demás.

Levanten su mano. *(Insiste)*

1. Personas que sonríen mucho.
2. Ser alto o que leas demasiado.
3. Ser tímido o mudo.
4. Que te guste el rock o seas homosexual o lesbiana.
5. Ser adolescentes o mostrar en algún momento miedo.
6. Personas con discapacidad.
7. Personas que sufren obesidad o que son morenos.

(Observa con detenimiento la sala, a este punto todos deben estar sentados.)

Parece que no es un asunto de la víctima, ¿verdad? Quién sabe si es un problema del acosador. Qué fue primero, ¿el huevo victimario o la gallina violentada? Creo que el bullying al final se trata de un asunto mezquino de poder y de complejos, ¿no? El que esté libre de defectos, que tire el primer prejuicio. ¿No? Y tú, ¿qué nombre eliges?

IV. EL NOMBRE QUE ELIJO

(Quitan sillas. Bajan al público a preguntar: "¿qué nombre eliges?" y lo escriben en una etiqueta que colocan en el pecho de las personas, como una invitación a empoderarse. Cuando esto ha sucedido, suben y hacen círculo, van girando en conjunto y jugando: "Pato, pato, ganso", mientras van diciendo el nombre que eligieron —dirigiéndose al público—. Pasan tocando sus cabezas y nombrándolos. Y ellos salen corriendo.)³

³ Esta obra es autoría de las y los jóvenes del Semillero Creativo de Teatro en Tecomán, Colima. En el caso de querer llevarla a escena, la persona interesada deberá escribir al correo: teatrotecoman@gmail.com para pedir autorización.